

## CULTURA

El zoólogo mexicano Andrés Cota Hiriart escribe 'Fieras familiares', sobre su relación con los más pintorescos animales

## Sobrevivir a un león marino para contarle

JACINTO ANTÓN, **Barcelona**

Es (y se reclama) de la estirpe de Gerald Durrell, el inolvidable autor de *Mi familia y otros animales*. Aunque el zoólogo y escritor mexicano Andrés Cota Hiriart (Ciudad de México, 40 años) luce un pendiente en la nariz, diversos tatuajes —entre ellos los de un varano y una serpiente, espectaculares— y un desconcertante bigotito a lo Errol Flynn o Cantinflas, el brillo de sus ojos al hablar de los más variados bichos es inconfundible. Cota, cuyo Corfú era Coyoacán, es una de esas personas para las que los animales y en su caso especialmente los anfibios y reptiles son inseparables de su vida no solo profesional sino personal. Desde niño se sintió fascinado por todo tipo de criaturas, las descubrió, recolectó, estudió, cuidó y crio, viviendo muchas aventuras con ellas. En su libro de *geraldurrelliano* título *Fieras familiares* (Libros del Asteroide, 2022, finalista del I Premio de No Ficción de la editorial), recoge sus relaciones con varias especies en una primera parte de deliciosas memorias y en la segunda una serie de viajes para observar en su hábitat, y con una perspectiva conservacionista.

Entre los grandes momentos del libro (y la vida de Cota), aquel en el que le persiguió un león marino macho mientras nadaba en las Galápagos (probablemente, reflexiona, por haber orinado en el agua) y la ocasión en que, de adolescente, buscando desesperadamente ayuda para librarse del mordisco y abrazo de una pitón albina de cuatro metros, se metió con el bicho encima en el baño de su madre divorciada para encontrársela desnuda duchándose con su novio: una escena que habría hecho las delicias de Freud. Pasada la natural sorpresa, entre los tres humanos consiguieron soltar los anillos del poderoso ofidio, a la sazón mascota del chico y llamada (era una hembra) *La Güera Rodríguez*, en recuerdo de un personaje emblemático de la historia colonial mexicana.

“Los reptiles generan aversión en mucha gente, yo diría que en el 50% de la población mundial”, apunta en una entrevista en Barcelona el autor, que no entiende esa aversión. “Mi familia es de Sinaloa, tierra de anfibios y reptiles, y no sabes lo que es aquello, hay 35 especies de serpientes (393 en todo México) y cuatro potencialmente mortales”. En el campo, explica, se las teme mucho y se las mata sin distinción. “Mi propia abuela sinaloense era de rancho y nunca la convencí de que hay serpientes peligrosas, pero otras que no lo son en absoluto. ‘No voy a ponerme a ver qué es’, me contestaba”. El zoólogo es de la opinión, contraria a algunas teorías actuales, de que el miedo a las serpientes no es natural sino adquirido culturalmente (también entre los



Andrés Cota sujetando una tortuga mordedora.

**Su novia le obsequió con dos alacranes, “el mejor regalo de San Valentín”**

**Su mascota era una serpiente pitón que se llamaba ‘La Güera Rodríguez’**

**La obra incluye un excursu humorístico que no tiene desperdicio**

simios). Cree que en el caso de los humanos tiene que ver con valores religiosos.

Su gusto por los bichos de mala fama le viene de la infancia, dice, que es el territorio en el que suelen nacer la curiosidad y la pasión genuina por los animales. También de los libros, y Cota recuerda sus encuentros literarios con Konrad Lorenz, Redmond O’Hanlon, Birute Galdikas, el Douglas Adams de *Mañana no estarán* y Kenneth Cook. En su libro, que tiene su origen en una serie de crónicas que escribía bajo el epígrafe Distrito Feral, el autor mexicano relata cómo su trato con serpientes y otros reptiles le granjeó respeto en el colegio cuando pasó de ser “el gordito in-

defenso al inadaptado extraño que intimaba con las víboras”.

De padre y madre biólogos, desde pequeño transgredió “los límites del contacto digamos sensato con la fauna silvestre” y recogió especímenes en frascos y terrarios. De adolescente llegó a pasar serpientes ocultas bajo la ropa en viajes en avión y obtuvo un permiso oficial para criar en casa especies en peligro, convirtiendo la vivienda familiar en algo semejante al zoo de Jersey de Gerry Durrell, incluido el cocodrilo confiscado *Lupe*, que creció hasta entablar un verdadero duelo contra la empleada de hogar armada de escoba y recogedor. Su novia de los 19 años le regaló dos grandes alacranes del género *Pandinus*, “el mejor regalo de San Valentín que he tenido”.

El libro, con pasajes muy literarios (no en balde el autor, que ha vivido en Londres y en Berlín, es sobrino del famoso escritor y académico mexicano Hugo Hiriart) incluye un excursu humorístico que no tiene desperdicio sobre cómo sobrevivir al ataque de una anaconda en la selva...

De Gerald Durrell, uno de sus ídolos, lo aplaude todo menos que le “robara” el título de su libro, bromea. Revela que tiene miedo a los perros y los caballos, con los que ha tenido malas experiencias, explica que su animal favorito es el varano (“son muy brillantes”), y que el peor momento de su vida fue cuando le mordió una serpiente de cascabel. “Afortunadamente fue una mordedura seca, sin veneno, pero ¡qué mal rato!”.